

II SALÓN DE MAYO

Los artistas, excepto una minoría, parecen confiar más en el Salón que en la obra que presentan. Se dice que «el salón prestigia». Lo que de sí ha dado este II Salón de Mayo, y que en resumen no es mucho, ha sido el darnos a conocer algunas obras de tan alta calidad plástica, que ya por sí solas justifican la celebración del certámen.

Pero a todos aquellos que creen que «el Salón prestigia» les diremos que pudiendo ser cierto, es no obstante, el hombre el que fuerza, sobre su proyección dirigida hacia lo absoluto de su tiempo, el último y definitivo juicio.

Mucha reiteración, —no reiteración en la técnica—, esto sería lo menos—, si insistencia y persistencia —quizás cómoda— en el anonimato lleno de paz y de buenos cargos. De los muchos que se creen consagrados, porque venden. De los que ven plenitud en sus pinceles, porque determinados círculos sociales hablan de sus obras. De los que crean de una manera mecánica, sin ver en sus formas de expresión la verdadera realidad de un fenómeno muchas veces olvidado, pero vigente en la más honda raíz de nuestra sensibilidad: lo actual.

Nuestra postura frente lo actual no quiere ser, ni es, postura de escándalo. Defendemos «el tiempo», porqué de él parten todas nuestras acciones, y con ellas damos vida a los cantos mudos que en forma silenciosa nos aguardan en los propios límites de la materia. El arte no es un grito cómodo, sino un sentir intenso. El hombre que se dedica a él debe sentirlo intensamente con el fin de contagiar a los hombres de este sufrimiento de esta búsqueda inconmensurable del poder de creación que Dios infundió en nosotros. El artista debe vivir de su arte. Conforme. Pero el artista debe vivir también para proyectar su arte. No debe buscar la comodidad de los círculos cerrados, donde todo son descansos y descansillos que ahuyentan la verdadera creación, casi en un asesinato de las vivencias puras.

El artista actual necesita un vehículo

nuevo de definición. El concepto pintura, en sí mismo, ha quedado ya atrás, y como muestra de unos siglos de inquietudes plásticas que significaron en su tiempo una forma acabada. Piet Mondrian en un artículo titulado «La nueva expresión plástica en la pintura» aparecido en «Cahiers d'Art», 1926 (1) decía: de lo actual en la obra de arte, se trata de expresar tan solo lo que es esencial en la naturaleza y lo que es universal en el hombre».

Escuelas representativas de tal a cual sitio. Pintores determinados de una tierra determinada. El concepto único, el concepto inteligible para todos, está en trance, gracias al «informalismo», de convertirse en un incontrovertible verdad. El artista pintará para todos y será interpretado de una forma individual, rechazado o aceptado, pero siempre como principio indivisible de la acuciante conciencia del hombre.

Ya en este punto se impone hablar de Modesto Cuixart, cuya obra expuesta en este II Salón de Mayo— titulada «Omorka»— es la «plenamente justificada», centrada en el tiempo, y proyectada hacia logros futuros del arte, como exponente de valores colectivos del hombre, cuya huella es motor del fenómeno histórico.

M. Cuixart trabaja la materia de una forma profunda, persiguiendo un ideal con trasfondos infrahumanos, afín a la misma física del hombre, como cuerpo de emoción. Esto quizás parezca difícil así de pronto. ¡Tenemos que habituarnos a que la palabra arte tenga tan distinto significado del que ha tenido hasta ahora! Es dura, indudablemente, esta nueva interpretación de la estética. Un día creyóse eterna, y no no era más que un razonar los valores de un tiempo determinado. Tenemos que esforzarnos en comprender a estos hombres. Tenemos que aprender a amar de una forma ancha y abierta, y no a seleccionar con principios mezquinos y bastardos. El amor es nuevo siempre, y el arte como el amor es la génesis de esta novedad.

Evolución, pero no como ceguera histórica, sino como justificación de este mosaico palpitante que es el hombre a través de los siglos.

La obra de Guixart ha inspirado estas palabras. En el Salón no hay ninguna teja de Antonio Tapies, lo sentimos. Tapies trata la materia de una forma primitiva — expresionista — en un pro-

ceso especulativo de integraciones vírgenes.

La obra de Cuixart parece caer en lo «transinformal». Sus ocre negros, y sus dorados umbríos y húmedos, orientando todo en una masa en oro, son un verdadero reto para todo aquel que no sienta como suyo el problema de expresión eje de los valores «de tiempo».

HABLAREMOS BREVEMENTE de los «otros» expositores; sólo a título de noticia.

PINTURA. Una tela de Pruna lastimosa, francamente vencida. Llobet intensifica al hombre. La gruega pasta de Mui-xart. Cillero, hacia lo universal por el silencio figurativo. Jordi Mercader continúa con Buffet metido muy adentro, sacrificándolo alternativamente con luminosas masas de color. La obra de Bernet — informalista — es altamente decorativa, pero tremendamente fría y anti-emocional. De Saez ya hablamos hace poco, desde estas mismas páginas. Ibars, las formas en este pintor vienen continuamente hacia uno, en un proyección limpia de croma y volumen. Lloberas, exacto, el de siempre, artista casi infalible (?) en sus composiciones. Faber, agranda en esta obra las masas y muestra ya una honda preocupación por la materia. Del abstraccionismo poético pasa a la integración proyectada. La obra de Ferrer-Ferrer nos recuerda por rara coincidencia «Estados de ánimo» de Boccioni, el futurista italiano. Hsiao-Chin, pureza caligráfica en su no-figurativismo. Montserrat Gudial, grafismo cual estilete y llama, figurativismo feroz en una serenidad aparente. Magda Ferrer, densidad necesaria de la materia. Alcoy, fuerza por el color. Bartel, intenta lograr la fuerza por la textura entre grises ocre y negros. Una delicuescencia de Fluviá. Laabs, decorativo, abstracto y armonial. Bechtold, serenidad, fuerza había dentro. Curós, sobrehumana fortaleza en sus figuraciones.